

LA CONJURA DE LOS MACHOS

AMBROSIO GARCÍA LEAL

Tusquets. Barcelona, 2005. 384 págs.

ISBN 84-8310-410-5

Las singularidades anatómicas, fisiológicas y comportamentales de la sexualidad humana constituyen un fenómeno sin parangón en el reino animal que suscita muchos interrogantes: ¿por qué se ha emancipado nuestra actividad sexual del ciclo menstrual?, ¿cómo y por qué han evolucionado nuestros criterios de belleza?, ¿es la homosexualidad innata o adquirida?, ¿es natural la agresión sexual o constituye una perversión cultural? El autor de este libro, biólogo, explica la naturaleza de la

sexualidad humana en el marco de nuestro pasado evolutivo, y aclara aspectos cruciales de la conducta: desde la monogamia a la promiscuidad, desde el enamoramiento a la violación, desde el cuidado de los hijos a la pornografía.



SED SABIOS, CONVERTÍOS EN PROFETAS

GEORGES CHARPAK, ROLAND OMNÈS

Anagrama. Barcelona, 2005. 264 págs.

ISBN 84-339-6218-3



Georges Charpak, premio Nobel de física, y Roland Omnes, otro gran científico, muestran la historia del ser humano sobre la Tierra en tres grandes etapas, cada una marcada por lo que ellos llaman "mutación". Este término, clave en el desarrollo de sus argumentos, se define

como aquel cambio que no tiene vuelta atrás. La primera mutación sucedió en el Neolítico, como resultado del descubrimiento de la agricultura. La segunda, durante el Renacimiento, con la formación de la ciencia moderna. Finalmente, nos acercamos a la tercera mutación, la que nos toca protagonizar a nosotros: la que intenta explicar lo infinitamente pequeño y lo inmensamente grande, regida por las leyes cuánticas.

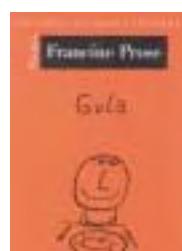
GULA

FRANCINE PROSE

Ediciones Paidós. Barcelona, 2005. 130 págs.

ISBN 84-493-1745-2

A través de un repaso a la evolución de los distintos conceptos de gula, la autora analiza las ideas al respecto sobre la salvación y la condena, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte. Y no sólo ofrece un bullicioso cóctel de referencias, que oscilan desde san Agustín hasta Chaucer,



pasando por Petronio y Dante, sino que también demuestra que la gula, en la Edad Media, constituía un problema profundamente espiritual, mientras que hoy en día la hemos transformado de pecado en enfermedad, de modo que lo que satanizamos son los horrores del colesterol y los peligros de la carne roja. Pero la gula, como nos recuerda Prose, también constituye una afirmación del placer y la pasión.

CONTRASEÑAS

GABRIEL RODRÍGUEZ

El tiempo como experiencia

“¿Qué es el tiempo?”, se preguntaba San Agustín. “Si nadie me lo pregunta, lo sé; si quiero explicárselo al que me pregunta, no lo sé”. A pesar de que el tiempo es esencial para el hombre, su conocimiento no puede expresarse fácilmente con palabras exactas. De tan familiar, nos resulta inaprensible. El principal problema es que sólo el presente, no el pasado ni el futuro, es real; el segundo, que el tiempo solo puede medirse mientras transcurre. El pasado y el futuro son memoria y espera desde el presente. Al final, para San Agustín, tal como nos lo explica en las *Confesiones*, el tiempo es algo subjetivo, que está en la mente humana. En efecto, el tiempo forma parte de nuestra experiencia vital como ninguna otra. Sentimos el tiempo, o mejor dicho, el paso del tiempo, lento en la infancia, rápido en la edad adulta, implacable siempre. Sin embargo, el tiempo también organiza nuestras vidas, el trabajo, el ocio, el descanso, las relaciones sociales. Vivimos enjaulados en el tiempo, en su cálculo y racionalización, y sin su brújula nos sentiríamos perdidos.

Todas las culturas poseyeron métodos de cálculo del tiempo. El invento del calendario fue tan importante, posiblemente, como el de la escritura. No hubiera sido posible el surgimiento de las grandes civilizaciones hidráulicas de la Antigüedad sin el dominio de los sistemas de cálculo que permitía aprovechar las crecidas de los ríos. De todas formas, todavía entonces el tiempo estaba íntimamente unido al espacio. El “cuándo” del tiempo siempre se refería a un “dónde” del espacio, como lo prueba el uso de expresiones como “a tres días de camino”. La separación del tiempo y el espacio es propia de nuestros tiempos moder-

nos. Podemos decir que se inicia, por seguir con esa manía tan actual de fecharlo y conmemorarlo todo, cuando Isaac Newton pudo calcular las relaciones exactas entre la aceleración y la distancia recorrida por un cuerpo. Su confirmación vendría con Benjamín Franklin, que nos dio la medida de su valor, haciéndolo equivalente al oro, aunque ambos no aportaron una definición más precisa que la del obispo de Hipona.

La racionalización del tiempo comenzó en el siglo XVIII con la generalización del uso del reloj mecánico. El siglo XIX, con la industrialización, la extensión de la vida urbana y la revolución de los transportes, vio la generalización del uso del tiempo de manera autónoma del espacio, o por mejor decir, se incorporó a nuestras vidas cotidianas en forma de jornadas laborales, escolares, burocracias, horarios de ferrocarriles, etc. A la revolución de la informática le debemos la simultaneidad y la instantaneidad de los procesos de información y comunicación, y por ende, de los acontecimientos. Eso que se da en llamar “tiempo virtual”, y que (se) supone la superación del “tiempo real”, o sea el tiempo que cada uno puede experimentar por sí mismo, a cuerpo gentil, por así decir. Esto naturalmente complica aun más si cabe nuestro propósito de definir el tiempo.

Reconozcamos con San Agustín: “Mi alma se acongoja al saber que este asunto del tiempo es el más enmarañado”. Al final, es la poesía la que nos restituye la experiencia del tiempo, la memoria subjetiva de lo vivido o de lo imaginado, la madelaine proustiana. Borges nos recordaba en su libro *El hacedor*, que somos “tiempo y sangre y agonía”.